

barricadas o en las casas adyacentes, los dramáticos primeros planos del heroísmo individual o del combate cuerpo a cuerpo. Con su doble experiencia de ágil novelista policial y de autor teatral, Pérez de Arce logra dar una visión muy intensa y movida de la batalla, tanto en el conjunto como en los detalles. Los toques de efecto confieren a esta zona del relato un colorido sorprendente, casi cinematográfico.

En cambio, el *plano sentimental* es francamente débil. Un psicologismo superficial, sin hondura en el trazo ni realismo en la sustentación, es el signo que preside en este terreno. Un "menage à trois" traído de los cabellos, un conflicto emotivo rebuscado y bastante artificioso, con pujos de turbiedad freudiana: tal es la otra cara de la estructura narrativa en *La Plaza de las Cuatro Calles*. Naturalmente, el resultado de conjunto aparece desequilibrado y vulnerable. Los esfuerzos del autor por "atmosferizar" el folletín sentimental, por lograr una ambientación realista del Santiago colonial —calles, iglesias, beatas, campanadas de novena, ceremoniosos caballeros de levita, damas recatadas, criadas de utilería—, son de una penosa languidez. Apenas si logran dar una imagen acartonada de algún sector de la pequeña aristocracia criolla. Sin embargo, la novela se salva en parte por la animación épica de los pasajes en que se relata el batallar. Las descargas de fusilería; el pesado rodar de los cañones; los movimientos de tropas; los insultos, jadeos y golpes en los combates cuerpo a cuerpo; la sed y el hambre de los sitiados, y su furiosa voluntad de resistir; sangre, polvo y sudor de la batalla, y los siniestros silencios intermedios: muchedumbre viva de ruidos, olores y colores que asalta al lector a medida que desgrana ciertas páginas de esta novela.

H. L.

<https://doi.org/10.29393/At408-72DRTM10072>

*Decadencia y ruina de los aztecas y Teoría y práctica de la igualdad en Indias*, de GONZALO VIAL CORREA. Ediciones Historia, 1964

Un joven valor de la historiografía chilena, Gonzalo Vial Correa, ha publicado dos interesantes trabajos en las ediciones del Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile. Profesor de Historia del Derecho, miembro de la Academia Chilena de la Historia, institución que le concedió el Premio Miguel Cruchaga Tocornal por su memoria *El Africano en el Reino de Chile*, no se contenta con el testimonio de la palabra oral, sino que ha entregado diversos estudios de valía, entre otros, uno sobre *La nueva bibliografía sobre las causas de la Independencia de Chile*, con cuya publicación prestó un señalado servicio a quienes desearan conocer los motivos que produjeron la emancipación nacional. Sus ensayos han revelado estimable capacidad investigadora e imparcialidad en los juicios emitidos.

En *Decadencia y ruina de los aztecas*, Gonzalo Vial Correa traza un panorama de ese imperio durante la conquista de Hernán Cortés, con la cual terminó una época de incuestionable esplendor, pero a la vez de refinada cruel-

dad, pues los sacrificios humanos eran realizados sistemáticamente. Al respecto interesa considerar que la conquista de México se hizo en poco más de 6 meses, con unos mil soldados, de los que perecieron en la empresa menos de un veinte por ciento. Por su parte, bastaron a Francisco Pizarro 170 soldados, 70 caballos, 3 arcabuces y 20 ballestas para llegar a Cajamarca, amenazar al ejército de Atahualpa y someter luego al imperio de los incas.

Contrastando con ello, la de Chile costó 50 mil hombres, cincuenta millones de duros en gastos y tres siglos de grandes y denodados esfuerzos para lograr la pacificación de los naturales, por constitución física aguerridos y valientes.

Diversas causas justifican tan enormes diferencias: el clima, desde luego, allá tropical y exuberante, acá deliciosamente templado; la organización social y económica; la barbarie de los sacrificios humanos, fundamento del imperio azteca, sobre los cuales el profesor Vial Correa escribe páginas ejemplarizadoras. Dice muy bien que "el imperio sólo tenía magna la fachada, por dentro se hallaba en ruinas", preocupándose luego de desmenuzar las peregrinas argumentaciones para justificar o disimular los excesos cometidos en México a lo largo de muchos decenios, en desmedro de la persona humana.

Sobre la destrucción de Tenochtitlán después de un prolongado sitio, con el que desapareció el imperio azteca, Gonzalo Vial Correa suscribe un réquiem emocionante, que permite avizorar, fuera de un responsable historiador, un estilista capaz de tocar cuerdas sensibles a sus lectores:

"Nunca más Tenochtitlán refulgiría como una joya —roja, verde, blanca— en el engaste azul del lago. Nunca más llegarían a ella miríadas de canoas, como bandadas de pájaros. Nunca más resonaría en el mercado de Tlatelolco la alegre voz del pueblo azteca . . . libre, orgulloso, triunfal. Nunca más bailarían los mexicas acompasadamente en las plazas sagradas, majestuosos y solemnes en sus ricas mantas, sus tocados de plumas tropicales y sus ornamentos de ámbar y jade. Nunca más cantarían sus melancólicos poetas; ni sus lapidarios tallarían delicadas formas de cristal de roca ni en piedra verde; ni desplegarían sus plumistas maravillosos mosaicos multicolores. Nunca más sus astrónomos vigilarían los cielos ni darían la señal para trabajos agrícolas. Nunca más los pintores de códices ornamentarían el papel de magüey . . . ¡Nunca más se levantaría esa cultura tan rica y variada!

"Pero tampoco, nunca más, el siniestro tambor llamaría a sacrificio desde la cúspide del "teocalli" . . .

La desigualdad del género humano es un problema que ha preocupado a sabios e ignaros hace siglos. Con el emblema de la igualdad de todos los hombres se han cometido monstruosos crímenes contra la civilización y la humanidad. Desde que Rousseau lo proclamara, este nuevo evangelio de las masas se ha difundido por todo el mundo, ha penetrado en el fondo de las almas (no de los entendimientos) populares y ha sembrado entre ellas mil ideales y ambiciones, mil codicias y rencores implacables.

Se sostiene que la principal fuente de desigualdades es la inteligencia; en su nacimiento ninguna participación tienen los demás hombres; la fórmula

de esa actividad no la posee sino el propio ser en quien reside. Es que en la génesis de la inteligencia, en su obra creadora y reguladora sólo interviene la naturaleza, con leyes que se ignoran y cuyo secreto sólo ella conoce; desde antes de llegar a los dominios de la humanidad viene el individuo marcado con su sello indeleble por la mano de Dios. Y esa marca, ni la humanidad entera, ni el más todopoderoso legislador ni nadie en el mundo puede impedir que produzca sus frutos. La desigualdad nace lejos de la coacción y tiranía de los hombres, contrariando sus mezquismos planes, con una amplitud y profusión de recursos, con una fuerza cósmica que aplasta, burla y triunfa de todo artificio o despotismo gubernamental. En esta lucha contra la naturaleza el hombre tiene que ser y eternamente será derrotado.

Pero la sociedad, que no puede crear la inteligencia, puede, por desgracia, reprimirla y sofocarla, privándola de la atmósfera en que puede respirar: la libertad y seguridad. Eso sí que al hacerlo, al instaurar la esclavitud, mutila al hombre y de una persona hace un mero organismo, autómata sin personalidad ni iniciativas.

Si bien es cierto que en *Teoría y práctica de la igualdad en Indias* el tema de la igualdad y desigualdad está enfocado por Gonzalo Vial Correa en forma sucinta, lo medular está constituido por el examen a fondo de las instituciones y costumbres en América, que fueron origen de diferencias.

A su juicio, "la América Española del xvi es más igualitaria que la del xviii. Y hoy mismo... ¿nos atreveríamos a decidir si entre el "camarada proletario" y el "camarada comisario de policía" o bien entre el "ciudadano negro" y el "ciudadano Rockefeller" hay un abismo social menor o mayor que entre el príncipe y el siervo medievales?"

El interrogante es significativo.

El profesor Vial Correa se ha preocupado de analizar los conflictos raciales existentes en Indias y la situación que gozaban los distintos grupos, para luego examinar aquellos factores que posibilitaron un adecuado tratamiento al natural de estos territorios. Pero este panorama no se prolongó por mucho tiempo. El blanco tuvo predominio en la mayoría de los casos por ser vencedor.

Cuando se produjo el menosprecio hacia las clases inferiores se echó mano de múltiples prohibiciones y aquellos que habían gozado de algunas franquicias las vieron eclipsarse.

Como en todo conglomerado social, destacaron mestizos e indios en diversas actividades del saber; el autor proporciona una nómina de ellos comprobando que, a pesar de las dificultades floreció el talento cuyo aporte fue debidamente considerado en su época y, aún, ha trascendido hasta hoy.

Las Indias, en el instructivo estudio de Gonzalo Vial Correa, fueron testigos de la evolución que en tan ingrato tópico tuvieron la legislación y las costumbres hispanas. Hubo tolerancia, luego sustituida por trabas. Estas, sin embargo, no pudieron impedir que surgiera el impulso creador de quienes no eran españoles y como la conquista había tenido el doble carácter misionero y militar, se observaron normas de conducta que ahora sorprenden por sus elevadas miras. Fue el crisol donde se forjó la raza americana.

Gonzalo Vial Correa ha realizado una investigación acuciosa. Su pluma, galana en ocasiones, inclinada al virtuosismo literario, ofrece un epílogo digno de recuerdo, al trazar la silueta de Martín de Porres, que no obstante, su origen sufrió por su fe cristiana a la que había adherido como símbolo de redención y paz.

El ejemplo de Gonzalo Vial Correa ojalá ilumine a muchos que en la actualidad aspiran a que se les considere historiadores, pero que, en realidad, desacreditan esa disciplina al hacerla vehículo de ideas tendenciosas y sectarias falseando los acontecimientos y pretendiendo extraer conclusiones que amparen planteos doctrinarios. Estos carecen de toda respetabilidad, pues quienes los sostienen hacen abstracción de los principios más elementales que todo verdadero historiador debe tener continuamente a la vista.

T. P. M. H.

*El Extravagante*, de LUIS DOMÍNGUEZ;  
Zig Zag, 1965

Aunque el paradigma de las generaciones en literatura no satisface todos los criterios, se hace necesario recalcar que después de haber surgido la promoción del 50, otros escritores más jóvenes comenzaron a invadir la escena nacional y los aficionados a utilizar ese marbete los agruparon en la del 60.

Eran, entre varios más, Carlos Ruiz Tagle, Antonio Skarmeta, Mauricio Wacquez, Carlos Morand, Juan Agustín Palazuelos, Cristián Hunneus, Valerio Quesney Langlois, valiosos cuentistas y novelistas cuyo impacto no se hizo esperar. Con ellos figuraba Luis Domínguez, que trabajaba con discreción y sólo de cuando en cuando daba a conocer algún relato. Esta disciplina, ajena a todo estridencia propagandística, tenía que rendir sus frutos: y he aquí que tenemos *El extravagante*, colección de cuentos y novelas cortas.

Luis Domínguez ha centrado su atención en personajes menudos: niños y adolescentes en limitados radios de acción, pero les ha sacado gran partido. Esos caracteres a los que acecha la curiosidad por lo prohibido, víctimas de maquinaciones de terceros, naturalmente inseguros de sus actos son analizados en sus diferentes reacciones. Hay en ellos diversas facetas dignas de subrayarse: el mundo circundante, el amargo desaliento que en ciertas ocasiones turba los espíritus, el ingenuo regocijo que les devuelve la sonrisa y el ánimo, la ternura o la incomprensión en contacto con sus mayores.

Estos matices sutiles, de la más fina percepción psicológica, están admirablemente logrados en este libro, cuyo material no obstante poderse considerar por separado está interrelacionado entre sí, proyectándose de un relato a otro la acción que se desenvolverá en tiempo futuro, o rasgos pertenecientes a la personalidad de algunos personajes, las que se enriquecen con este continuo aporte de experiencias.

Teniendo como protagonistas a seres de corta edad, abundan en estas páginas referencias pueriles, explicaciones de circunstancias que se pierden en